

»Por pocos hijos que quedaran en Europa ó en los países vecinos, de los antiguos griegos ó latinos, de los celtas, de los germanos, de los eslavos ó de los hunos, la inmensa población supuesta pronto sería sometida, violentada y saqueada. Cuanto mayores fuesen las riquezas, más rápido sería el despojo. Cuanto más hermosa fuese la raza, más se la trataría como á la de los circasianos y á la de las jóvenes cautivas que poblaron en otro tiempo á Babilonia. Si los bárbaros faltasen en Europa, vendrían del otro lado de los mares. En una palabra, suponer una gran población muy civilizada—es decir, muy humana, muy dulce, muy inteligente y muy rica—sin hombres rapaces y sin déspotas que se aprovechen de ella, es tan contrario á los hechos conocidos como imaginar un continente poblado de hervívoros sin carnívoros. Teóricamente se puede concebir una sociedad civilizada hasta el extremo, es decir, alejada del estado bárbaro; pero no sería una perfección, puesto que no podría defenderse...

»¿Cómo sucede que las pequeñas comunidades judías, esparcidas en el mundo, poseen las cualidades y los defectos que mejor caracterizan un estado avanzado de civilización? Es bastante difícil de explicar, según las ideas ordinarias de los filósofos y de los historiadores.

»Si sólo la religión hubiese determinado el carácter de los judíos y el de los cristianos, se habría visto absolutamente lo contrario de lo que se observa. Los israelitas se guían por el Antiguo Testamento (religión del Dios vengador)... Los cristianos se guían por el Evangelio, que recomienda la dulzura y la humildad hasta la exageración, como es presentar una mejilla cuando la otra ha sido abofeteada. Son, sin embargo, los judíos los que serían humildes hasta obedecer á este precepto singular, y los cristianos los que con frecuencia son orgullosos, violentos, extremadamente severos en sus leyes. Si sólo las enseñanzas religiosas hubiesen forma-

do los pueblos, los israelitas tendrían por qué ser violentos; pero los cristianos deberían ser sumisos, cuando es precisamente lo contrario lo que se ve.

»Se dice: los judíos son humildes, desconfiados; son económicos y afectos á sus semejantes, porque han estado mucho tiempo perseguidos. Pero muchos pueblos cristianos también han sido vejados, oprimidos de mil maneras, y, en estas condiciones, siempre han procurado rebelarse. Hasta han cometido atrocidades en venganza... Los judíos han sufrido en silencio, mientras que los españoles bajo el dominio de los árabes, los polacos, los irlandeses y muchos otros se han conducido de otro modo cuando creían tener por qué quejarse. La dulzura relativa de los israelitas no se debe, pues, ni á su religión ni á la manera cómo se les ha tratado. La historia natural explica mucho este fenómeno.

«La raza judía es una de las civilizadas de más antiguo, y al mismo tiempo, no se ha mezclado á ninguna otra. Durante los desórdenes brutales de la Edad Media, los judíos habían inventado los medios de comercio que unen á los pueblos, por ejemplo, la letra de cambio. Respondían á las persecuciones con la dulzura, el trabajo y una caridad constante de los unos para con los otros. Ya hace dos mil años, las ideas morales eran notables en ellos. La tradición las había conservado enseguida, tanto mejor cuanto que la dispersión general no ha impedido el aislamiento de la raza. De todo esto resulta que si un judío se parece á su abuelo y hasta á un antepasado remoto, se encuentran en él las cualidades y los defectos de un hombre civilizado, á la vez que la hermosa conformación de su raza, admirada con justicia por los artistas.

»Los pueblos cristianos, por el contrario, apenas si están saliendo de la barbarie. La civilización ha comenzado en la Europa central hace tres siglos y en Rusia desde Pedro el Grande. No han cesado de luchar contra

hábitos anteriores de rapiña, de injusticia, de violencias morales ó físicas (1).»

III

Los Bohemios, designados, según el país, con los nombres de Gypsies, Zingari, Zinguner, Tziganes, Gitanos (Egipcios), nos ofrecen también ejemplo bien claro de la conservación hereditaria de ciertos caracteres psíquicos.

Según Pasquier, aparecieron en París por vez primera en 1427; acusados de quiromancia y de brujería, fueron excomulgados, arrojados y amenazados con la muerte y el presidio. Actualmente se encuentran todavía en la mayor parte de los países de Europa. En Turquía y en Hungría son herreros, caldereros, músicos; en Inglaterra boxeadores y chalanés. En Transilvania, en Moldavia y en Valaquia, tienen jefes y viven casi con comodidad. En Rusia hasta los hay que son ricos y considerados. Francia es el país en que hay menos: se los encuentra en el país vasco. Pero la tierra clásica de los gitanos es España. Sevilla, Córdoba, las cuevas del Sacro Monte, cerca de Granada, los bosques desiertos de Andalucía, las cuevas y los graneros de Madrid, rebosan de ellos. Alojados en reductos infectos, donde se encuentra todo el ajuar de la brujería, no tienen más oficio que robar, bailar y decir la buena ventura. Un misionero anglicano, G. Borrow, que ha conseguido vencer su horror hacia todos los cristianos, que ha vivido entre ellos y hablado su lenguaje, nos ha dejado detalles preciosos acerca de sus costumbres.

Se admite generalmente que estos nómadas son originarios del país de Djatt, cerca de las bocas del Indo (Sindh), que han salido del Indostán mucho tiempo des-

(1) Candolle, *op. cit.*, p. 402-407.

pués de la conquista aria. M. Bataillard, que los ha estudiado mucho, les atribuye la introducción del bronce en Europa. Su historia es muy diversa, pues está mezclada con la de los distintos países (1).

«En todas partes, dice Borrow, tienen las mismas costumbres y se sirven de las mismas palabras.» Cuando se comparan diversos términos de su idioma con las palabras sanscritas correspondientes (especialmente los nombres de número), la analogía es notable.

Hay, sin duda, una constitución física y mental común á todos los bohemios, sea cualquiera el país que habiten. Cierto, también, que es bastante difícil determinar de una manera precisa, qué parte toca á la educación, es decir, á las tradiciones transmitidas, y cuál otra á la herencia. Hé aquí, sin embargo, lo que parece corresponder á la última.

En la parte física, Borrow encuentra en todos: los rasgos duros y agudos, el cabello negro como el ébano, los dientes finos y blancos, los ojos brillantes, la mirada fascinadora.

En cuanto á la inteligencia propiamente dicha, parecen ligeros y frívolos como niños. «Las cosas no dejan huella en el alma del Gypsio, que, móvil y fluida como el agua, refleja indiferentemente todas las imágenes. Cree en todo, y no cree en nada; ó más bien no cree más que en la sensación presente: la sensación pasada es ya para él una fábula. Es, pues, escéptico, no solo para las nociones morales y sociales, sino para sus propias impresiones. Se abandona y confía al azar de las emociones fugitivas, como en la vida se abandona á todos los azares del vagabundo. Una impresión desaloja otra. Domina en él la pura animalidad. Las emociones, sean cualesquiera, poéticas ó groseras, bajas ó brillantes, son la regla y como el motor de su espíritu.» Su poesía, de la cual Borrow nos ha dado

(1) Bataillard, *Les Bohémiens de l'Europe orientale*, Paris, 1873.

muestras, es prosáica, brutal, vulgar, más infantil que ingenua.

Para tal espíritu, tales costumbres; para ideas de niño, moral de niño. Ahora bien; si los niños tuviesen una moral propia, sería muy mala. Hobbes tiene razón: *Homo malus, puer robustus*. Lo que caracteriza, ante todo, al bohemio es el gusto, la necesidad innata de la vagancia y de la vida de aventura. La civilización les repugna como una esclavitud; toda ocupación sedentaria y metódica excita su desprecio. El matrimonio no es más que una unión temporal, hecha en presencia de algunos miembros de la tribu. Lo más frecuente es que vivan organizados en corporaciones ó tribus, bajo la autoridad de un jefe electivo, lo cual es una forma política muy primitiva. Llena de odio hacia los pueblos civilizados, posee esta raza ciertos vicios, á título de culto hereditario; los ama y los defiende como una religión. Así, su más alta ambición es robar á los cristianos; las madres enseñan á sus hijos el robo á la americana como la más hermosa virtud posible. Son, por otra parte, como los niños, menos violentos que astutos, incapaces de toda idea elevada, sencillos en sus supersticiones. Habiendo traducido Borrow á la lengua de los Gypsios el Evangelio de San Lucas, los Bohemios aceptaron el libro; y considerándolo como un talismán, lo llevaban encima cuando iban á robar.

Un autor más reciente (1), que ha estudiado los Bohemios del país vasco, nos los pinta con rasgos análogos: «La civilización se presenta al Bohemio, le envuelve, le oprime; él opone una impasible inercia...; nada tiene dardos bastante acerados para atravesar su envoltura. En Austria se ha creado una aldea para fijar allí á algunos de ellos; pero su territorio ha quedado

(1) Véase M. de Rochas, *Les Pariás de France et d'Espagne, Bohém et Cagots*, Paris, 1876.

inculto. Sus colonos son chalanés ó esquiladores, pero siempre vagabundos. Se ha querido hacer un regimiento de Bohemios: han desertado al primer encuentro (1).»

«La vida vagabunda es inherente al bohemio, como la pereza y el desenfreno. Tiene horror al trabajo como el perro rabioso al agua. El robo es una condición de su existencia, tiene un instinto para el robo, como la zorra para coger su presa. De aquí el dicho vasco: «Matar á un gitano es tan legítimo como matar á un lobo ó á una zorra». En religión adopta sin escrúpulo el culto profesado en el país donde vive (2).»

M. de Rochas no los cree «completamente incivilizables». Algunos se han mezclado con los indígenas; pero aun en éstos, hay un espíritu de vagancia que sobrevive á su transformación exterior, lo mismo que el apetito glotón que les hace arrojar, como los buitres sobre animales muertos de enfermedad, aunque estén ya enterrados (3).

Esta raza ofrece un ejemplo curioso de la incapacidad natural, conservada y transmitida por herencia, de adaptarse á la vida civilizada. Los bohemios son, en nuestro mundo moral y social, lo que el ornitorrinco en el mundo físico: los sobrevivientes de una edad desaparecida. La civilización es un medio muy complejo, una atmósfera moral á la cual ha tenido que acostumbrarse el hombre. Es necesario que exista correspondencia entre el hombre moral y su medio moral, como

(1) A fines del siglo último, María Teresa y José II, el soberano filósofo, quisieron civilizar por fuerza á los Tsiganos, obligándoles á cultivar el suelo, á abandonar su traje y su lengua, sin gran éxito. Sabido es que los Tsiganos húngaros tienen un instinto hereditario para la música.

(2) Rochas, *op. cit.*, p. 244-245.

(3) P. 259. El autor hace notar que algunos frecuentan las escuelas hasta la época de la primera comunión. A esta edad, los instintos hereditarios recobran su dominio. Encontraremos en la continuación de esta obra muchos casos del mismo género en las razas inferiores.

entre el hombre físico y su medio físico. El que no puede adaptarse á las nuevas condiciones de la vida social deberá perecer, quizá con lentitud, pero seguramente. No queda más que como un objeto curioso, inútil, pero demasiado poco apropiado á su medio para no desaparecer al fin y al cabo.

CAPÍTULO VIII

LA HERENCIA PSICOLÓGICA MORBOSA

I

Al comienzo de este trabajo, en la introducción consagrada á la herencia psicológica, hemos mostrado rápidamente que las enfermedades son trasmisibles, como todos los caracteres de estructura externa ó interna, como todos los varios modos de la organización en el estado normal. Ahora se pone la misma cuestión en el orden psicológico. ¿Son trasmisibles los modos de la vida mental en la forma morbosa, como lo son en la forma normal? ¿Aporta el estudio de las enfermedades del espíritu su contingente de hechos en favor de la herencia?

La afirmación no es dudosa. La trasmisión de las anomalías psicológicas de todas clases, sea de las pasiones y de los crímenes, de que ya hemos hablado, sea de la locura, de la cual vamos á hablar, es tan frecuente, que ha chocado hasta á los espíritus menos observadores, y que la herencia psicológica morbosa es admitida hasta por aquellos que no sospechan que no es más que un aspecto de una ley mucho más general.

Se ha discutido mucho acerca de si todas las enfermedades mentales reconocen una causa orgánica, afirmándolo unos y negándolo otros.